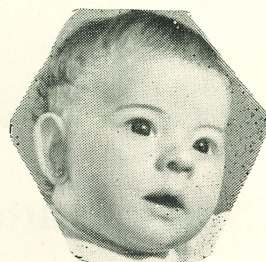


Molina, ayer y hoy



En el mundo moderno, el de los vuelos espaciales, el pluriempleo y la sociedad de consumo, es poco el tiempo que le queda al hombre de la calle para dedicarlo al cultivo del espíritu, y mucho menos a las ciencias afines. Los poetas y románticos escasean tanto que ni con cándil se encuentran. Pero yo he tenido suerte y he topado con uno. Y éste sí que tiene tiempo para dedicarlo a las faenas del espíritu. Este amigo mío no entiende una jota de negocios, ni sabe de dividendos ni comisiones, ni picó en la tentación de montar una inmobiliaria. Rara avis, en verdad, pero vivita y coleando.

A pesar de que está siempre en la luna, no nos ha sido muy difícil localizarlo. Y no precisamente entre montones de libros y mamotrecos de los años de la nana, sino amamantando —es un decir— una criaja de tres meses, que ni es suya ni lo será en jamás de los jamases. Por lo visto, solo le queda ya por emular a la loba romana de Rómulo y Remo. Y a fe que tampoco lo hace mal como nodriza, porque precisamente la entrevista la hemos celebrado a presencia de la rubia rapazue'a, que acurrucada en los brazos de su «lobo» ha seguido nuestra conversación sin perder un detalle, moviendo sus ojillos de pica-rilla con avispada curiosidad de uno a otro interlocutor.

—Queremos tu opinión sobre lo que ha sido Molina, sobre lo que es actualmente y sobre lo que tú crees que será en un mañana próximo.

—Mira, Manolo, los pueblos son como esta cría que tengo en los brazos. Hoy es una muñequita inconsciente que irá limpia o sucia según que se preocupen sus padres o no de su higiene. Se criará más o menos sana y lustrosa si atienden con esmero su alimentación o la dejan a la aventura. Será después una mujer más o menos educada y culta de acuerdo con el ambiente en que se desenvuelva su vida.

De los pueblos podemos decir exactamente igual, pues en definitiva son un conjunto de células vivas a las que hay que criar, cultivar y educar.

—Conforme con lo que me estás diciendo. Pero quiero que me concretes una opinión personal tuya sobre la Molina actual, sobre la que ya se fue para siempre y sobre la que tú vislumbra para el año 2000.

—Primitivamente Molina fue una pequeña fortaleza, alrededor de la cual surgió una modesta población con vida bastante agitada a lo largo de los siglos XIV y XV. En el siglo XVI languidece lastimosamente y en el XVII resurge briosamente como pueblo agrícola. Políticamente vive de siempre un feudalismo legal o económico que la atenaza a

lo largo de toda su historia, y constriñe su desenvolvimiento. Hasta que surge el milagro del «blaam» industrial. Y Molina crece y crece... absurda, anárquica, feísima, horrible. Le ha faltado la «mamá» inteligente, el aya instruida, la institutriz sabia que organice la vida que esa criatura maravillosa y vitalísima que es Molina.

—¿Quiere esto decir que no te gusta tu pueblo actual?

—Porque lo quiero tanto me da tristeza ver cómo se está desenvolviendo su vida, como no se pone a tiempo remedio a tanto trauma como la está desnaturalizando. Yo que siempre he soñado en una Molina maravillosa contemplo cómo pasa el tiempo sin que se apliquen con rigor las medidas profilácticas oportunas. Mientras no se respete el carácter típico del casco antiguo, mientras no tracen líneas modernas para sus modernos ensanches y barriadas, mientras no vea multiplicarse sus nuevas plazas, sus jardines, sus amplias y hermosas zonas verdes, mientras no pueda pasear por todos los confines de su huerta y de su extenso campo a lo largo de modernas avenidas, calzadas, caminos, carreteras y veredas; mientras no vea unidos a Molina a través de hermosos, amplios y arbolados paseos a todos los pueblos circunvecinos y aldeas y partidos rurales de su extenso término municipal, seguiré sin creer seriamente en el porvenir de mi pueblo. Como lo he soñado siempre, como lo trazábamos en el templete de la iglesia de San Juan de Murcia, en los largos y aciagos días de nuestro encarcelamiento...

—Para terminar, —Cómo ves a Molina del año 2000?

—Si los ediles de la Casa Consistorial se preocupasen por su pueblo con la ilusión, la fe y la esperanza con que yo estoy criando a esta nena de 3 meses, que no es mía, sería la Molina hermosa y bella y distinguida que yo vengo soñando desde el día primero en que me cegó y envenené la idea de resucitar su pasado y preocuparme de su porvenir.

MANUEL ARNALDOS